

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIX JORNADAS

VOLUMEN 15 (2009)

Diego Letzen
Penélope Lodeyro

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



El estatus epistemológico del narrativismo

Hernán Accorinti*

Introducción

En el presente trabajo pretendo esbozar algunas líneas con respecto al estatus epistemológico del narrativismo histórico. Asumiendo que la historiografía no puede desentenderse absolutamente (así como tampoco someterse ingenuamente) de la prescripción impuesta por Ranke con respecto al objetivo histórico (a saber: “conocer el pasado tal como se ha producido realmente”); así como tampoco puede hacerlo de su carácter netamente narrativo; intentaré vislumbrar cómo, desde una perspectiva narrativista, se puede reinterpretar la prescripción en cuestión, so pena de devenir en un escepticismo inconducente para la historia. En este sentido, el principal problema al que se tiene que enfrentar el narrativismo histórico, en el caso que precisamente procure ser *histórico*, es cómo conjugar historia y narración sin rebajar las pretensiones cognoscitivas y epistémicas del primer término. Aparentemente “(...) el término “*historia narrativa*” es un oximoron: En tanto *histórica* afirma representar (...) parte de la complejidad real del pasado, pero en tanto *narrativa* es un producto de la construcción imaginativa que no puede defender su pretensión de verdad (...)”¹. ¿Será que efectivamente la disciplina histórica está condenada por su propia forma narrativa a abandonar sus pretensiones epistémicas?; y en este sentido, ¿es el escepticismo una consecuencia inevitable del narrativismo histórico?

A su vez, y en segundo término, asumiendo que la disciplina histórica gane en poder explicativo mediante la introducción de las prédicas narrativistas, será de crucial importancia, a los fines del fundamento epistémico de dicha disciplina, inteligir el *modus operandi* del lenguaje, así como también el grado de continuidad-discontinuidad existente entre el mundo de la acción y el mundo del relato.

Narrativismo: La ficción en la historia

Bajo las tópicas del narrativismo la historia adquiere un marco de inteligibilidad propio y específico. La historia ya no será entendida de un modo positivista como pretendiendo reproducir isomórficamente los acontecimientos del pasado. La explicación histórica no es ni la sumisión de los acontecimientos a un modelo tipo nomológico-deductivo, ni la mera descripción de los sucesivos acontecimientos. La historia comprende y explica no en la medida que simplemente mencione, sino en la medida que narra. La narratividad de la historia no es un mero accesorio estético susceptible de ser depurado, sino, muy por el contrario, es la estructura fundamental mediante la cual la historia comprende los acontecimientos al encuadrarlos en un todo significativo. El relato transforma acontecimientos no necesariamente conexos entre sí en una estructura de sucesos articulada que de alguna manera dé respuesta a las preguntas por el sentido de lo ocurrido. Por lo tanto, la fecundidad de la noción de trama estriba en la inteligibilidad que trae consigo, es decir, es una unidad inteligible que compone elementos heterogéneos que en la experiencia ordinaria resultan discordantes. Ahora bien, paradójicamente, dicha fecundidad es precisamente la que puede acarrear al narrativismo bajo el ala infecundo del escepticismo

* UBA

histórico. Teniendo en cuenta que, al decir de White, la experiencia histórica se mostraría en forma discontinua y discordante; toda narración implicaría la imposición de un orden, una estructura y una forma que no le pertenecería de por sí a ella. De este modo, el relato, lejos de ser transparente y neutral, le viene a imponer un orden y una coherencia (revalorizando algunos acontecimientos por sobre otros) a una realidad empírica que se presenta primeramente como caótica y desordenada, o en el mejor de los casos como muda:

Considerados como elementos potenciales de un relato, los acontecimientos históricos tienen un valor neutral. Que encuentren su lugar finalmente en un relato (...), depende de la decisión del historiador de configurarlos de acuerdo con los imperativos de determinada estructura de trama.²

La corriente narrativista debe afrontar el problema en cuestión intentando salvaguardar el estatus epistemológico que toda historiografía debe necesariamente preservar. Para abordar dicha problemática voy a centrarme en White y Ricoeur, aunque haré también una breve mención a Carr.

Tanto White como Ricoeur pretenden justificar el estatus epistemológico del narrativismo desestructurado la dicotomía establecida entre historia y ficción. Según ambos autores es precisamente el entrecruzamiento entre dichos términos lo que permite la refiguración efectiva de la experiencia humana. En su estructura fundamental tanto el relato histórico como el relato ficcional coinciden: en tanto que narraciones, ambos requieren de la reconstrucción de una trama para la significación de los acontecimientos en cuestión. La fundamentación del discurso histórico presupondría la concientización del empleo de técnicas ficcionales (como la metáfora o la metonimia) en la construcción de las tramas históricas sin que ello signifique un detrimento en su estatus epistémico:

El problema está justamente en mostrar de qué modo, (...), lo imaginario se incorpora a la perspectiva del haber sido, sin debilitar su perspectiva "realista".³

Para ambos autores el hecho de que el discurso histórico, para reconfigurar los acontecimientos, se valga de técnicas literarias que en cierto sentido son productoras de ficción, no invalida la pretensión cognoscitiva de la historia. Siguiendo el análisis efectuado por Ricoeur en "El entrecruzamiento entre la historia y la ficción" en donde presenta la "ficcionalidad de la historia" y la "historización de la ficción", podemos decir, que, bajo estas categorías, Ricoeur pretende socavar la tradicional antítesis entre historia y ficción. La referencialidad verídica y certera de un discurso no estaría dado por su carácter ficcional o histórico. No sólo ambos discursos a la hora de articular los hechos, ya sean reales o imaginarios, utilizan las mismas técnicas (a saber: la reconstrucción de una trama dándoles a cada acontecimiento un lugar en la estructura principio, medio y fin); sino que, y fundamentalmente, toda construcción lingüística siempre nos brinda algún tipo de comprensión de la condición humana. En el mismo sentido en que la historia necesita de cierta ficcionalización en el momento de la configuración de la trama para la significación de los acontecimientos, es que la ficción se historializa sirviéndole a la historia como una instancia que nos cuenta algo de la realidad. Gracias a la ficción la historia gana referencialidad entendida como *representancia*; siendo este término un sustituyente de "representación" con los fines de depurar connotaciones ingenuas tales como transparencia

lingüística y reduplicación literal de la realidad. Gracias a la historia es que en la ficción su "poder ser" característico cobra verosimilitud, en tanto que toda posibilidad en relación a su grado de persuasión, depende de su correlación con lo ya sido. Es bajo este entrecruzamiento que Ricoeur pretende reinterpretar la frase de Ranke despojada de todo positivismo a partir de la luz narrativista. "Conocer el pasado *tal como* se ha producido *realmente*", no implica una relación de reproducción o reduplicación, sino una relación metafórica que no por esto deja de ser referencial en tanto que dice algo del mundo en el modo de "ser-cómo". Fatalmente por su carácter lingüístico, y aún más por su carácter pasado, lo "*realmente*" es significado sólo en forma indirecta mediante el "*tal como*" entendido metafóricamente. La metáfora viene a salvaguardar, mediante su direccionalidad indirecta, una referencia y una realidad histórica que de otro modo sería inaccesible. Sólo mediante el instrumento literario me figuro el pasado; sólo con la imaginación uno puede dar cuenta del pasado ya que es dicha capacidad la que, al familiarizar los acontecimientos mediante la trama, nos permite conocerlos. En este sentido, lo imaginario, y específicamente la teoría literaria de los tropos, se incorpora al discurso histórico fundamentando su carácter "real". Mediante el análisis de los relatos de ficción y los relatos históricos, Ricoeur nos estaría manifestando de qué modo la narración es útil como instrumento de acercamiento a la realidad. Sería sólo situarnos bajo la lógica de un empirismo exacerbado e inconducente lo que nos imposibilitaría (por el mero hecho de ser un acto de la imaginación) sostener que la literatura y el arte son modos de acceder a la realidad. En este sentido la historia no sólo toma de la literatura modos de composición sino también modos de representación: estructuramos lo hechos y los aprendemos a ver *como* trágicos, *como* cómicos, *como* irónicos, etc¹ 5.

Ahora bien, conjuntamente a la ya mencionada significatividad tanto del discurso histórico como del discurso de ficción, y con vistas a fundamentar más acabadamente el estatus epistémico y específico de la historia, es pertinente preguntarnos por el tipo de realidad que legitima la narrativización en cuanto tal.

En favor de una concepción ontológica y realista del discurso narrativista, Ricoeur, sostiene que el pasaje de la experiencia a la narración no se da, como en White, en el marco de una discontinuidad, en donde el discurso impondría una forma a una realidad empírica atómica y segmentada; sino que la narración viene a expresar y a dar forma a las historias no contadas que ya se encuentran en la realidad. Aún sujeto a ciertos prejuicios positivistas, o más específicamente a prejuicios analíticos en donde el todo sería reducible a sus elementos simples constituyentes, White sostiene una diferenciación entre acontecimientos (existenciales singulares espacio-temporales) y hechos (construcciones discursivas de dichos acontecimientos)⁶ suponiendo un tipo de realidad discontinua representada más fielmente mediante la historia de los *anales*. En este sentido, en tanto que para White la historia es simplemente una operación del discurso, para Ricoeur la experiencia presenta una estructura pre-narrativa que sólo adquiere significado e inteligibilidad a través de la configuración de la trama. Del mismo modo que para hacer inteligibles los acontecimientos se requiere un acto de imaginación que configure la trama, también se requiere que aquello que se narra ya esté en la experiencia, puesto que de lo contrario, el relato sería absolutamente incomprensible. Así, Ricoeur se asegura de que las configuraciones no sean meras ficciones. El hecho de que la trama sea el producto de un acto configurativo de la imaginación no la invalida como imitación de la acción; muy por el contrario, mediante el acto

configurativo de la imaginación, la estructura pre-narrativa que presenta la experiencia accede al lenguaje:

La narración re-significa lo que ya se ha pre-significado en el plano del obrar humano.⁷

Ricoeur recobra el sentido presuntamente originario del término *mimesis*, tal como aparece en la *Poética* de Aristóteles, para revalorizar un sentido ontológico (aunque no por esto absoluto) del narrativismo; presentándolo como una representación-imitación *activa-creativa* de la acción humana. La imitación no debe entenderse en el sentido tradicional del término como copia o reduplicación de los acontecimientos, sino como re-configuración activa de los acontecimientos mediante la configuración de la trama. En este sentido Ricoeur pretende, mediante la configuración de la triple mimesis, trazar un hilo de continuidad entre el mundo de la acción y el mundo del relato. Es así que, ante la configuración de la trama en sentido witheano (Mimesis II), Ricoeur antepone un antes de la trama, momento pre-narrativo, (que no es más que el mundo de la acción con sus estructuras simbólicas, conceptuales y temporales -Mimesis I-) y un después, que no es más que el momento en que el lector reconfigura la trama. La narración adquiere su sentido pleno en el momento de lectura ya que, mediante el mismo, el relato es restituído al mundo de la acción. Es mediante el acto de lectura en el que la trama, al ser interpretada y puesta a consideración, cobra toda significación como discurso referencial.

Teniendo en cuenta lo precedentemente mencionado con respecto a la pretendida fundamentación epistémica del narrativismo mediante la configuración de la triple mimesis, intentaré analizar la pertinencia o impertinencia de las críticas realizadas por Carr al sistema ricoeuriano.

En pos de fundamentar el relato como instancia epistémica válida, Carr se suscribe a una lógica continuista entre experiencia y narración sobre las base de una correspondencia directa entre la temporalidad de ambas estructuras. No es sólo la narración la que estaría configurada significativamente en el modo de la temporalidad; sino que también la acción humana tendría una temporalidad correspondiente. La experiencia del presente sólo adquiriría significado en tanto red temporal incluyente del pasado como retención y del futuro como protención:

Lo que estoy diciendo es que la estructura, medio-fin de la acción despliega algunos de los rasgos de la estructura comienzo-medio-fin que la visión de la discontinuidad dice que está ausente en la vida real.⁸

Mediante la crítica a la visión discontinuista lo que Carr pretende demostrar es que, ya en la experiencia y en la acción misma se puede percibir la coherencia y organización de los relatos; y, consecuentemente, al ser relatadas no se las forzaría en una forma ajena a ellas. En este sentido estaría criticando abierta y justificadamente a White en tanto que, para éste, la trama es un modo de organización de acontecimientos que de otro modo serían caóticos e ininteligibles. Ahora bien, ¿en qué medida dicha crítica le competaría también a Ricoeur? Si bien es cierto que la experiencia presenta una estructura pre-narrativa que imposibilitaría una continuidad directa entre relato y mundo vivido, no creo que Ricoeur pueda llegar a ser amalgamado tan fácilmente a las visiones discontinuistas de tipo whiteanas. A mi modo de entender, Ricoeur plantea una relación dialéctica y compleja entre la continuidad o concordancia y la discontinuidad o

discordancia, que no puede ser reducida ni al aparente fatalismo que implicaría para la historia teorías como las de White, ni al ingenuo continuismo presentado por Carr en donde experiencia y narración parecerían convivir armoniosamente. Ricoeur es consciente que la postura de White podría implicar una injustificada y desmedida "violencia de interpretación":

Primeramente, la experiencia de la temporalidad no se reduce a la simple discordancia (...). En segundo lugar debe moderarse el carácter de consonancia de la narración, que estamos tentados de oponer de forma no dialéctica a la disonancia de nuestra experiencia temporal. La construcción de la trama no es nunca el simple triunfo de "orden"⁹

Es cierto que por momentos Ricoeur parecería aceptar el tipo de la acción como discordante y el del discurso como concordante. Pero, de todos modos, explícitamente afirma que semejante unilateralidad no da cuenta de la real dialéctica entre la concordancia y la discordancia, entre el discurso y la acción humana¹⁰. Sobre la base del triple presente¹¹ de San Agustín, Ricoeur pretende invalidar la violencia interpretativa en tanto que el tiempo, entendido como *distendio e intentio*, no es pura discordancia sino que implica una discordancia-concordante en el momento de la acción. Esta visión no puramente discordante del tiempo, como pretendía hacer sostener Carr a Ricoeur, es confirmada en la no absoluta concordancia del discurso. El discurso presenta sistemas interpretativos que contienen desfases que son producto de su misma estructuración. En este sentido, la narración es, a su vez, una concordancia-discordante en tanto que la misma producción del discurso ordenador genera desfases con respecto al mundo de la acción¹². Carr no concibió que el aspecto discordante (y en este sentido discontinuista) entre la narración y lo empírico es tan esencial como su aspecto concordante o continuista. En tanto que el segundo aspecto invalida el despotismo narrativo; el primero no sólo impide la redundancia del relato, sino que, fundamentalmente, posibilita el discurso mismo. De modo contrario, cuál sería el motivo de narrar lo que ya está narrado:

Sí no existe experiencia que no esté ya mediatizada (...) por narraciones, parece inútil decir, (...), que la acción demanda narración.¹³

Conclusión

Por todo lo precedentemente mencionado podríamos concluir que la disciplina histórica, gracias al narrativismo, lejos de disiparse en el escepticismo, recobra todo su valor epistémico y cognitivo en tanto que permite la reconstrucción de los acontecimientos en un todo significativo mediante la intelección de estructuras discursivas. El escepticismo adjudicado al narrativismo histórico no sería más que la expresión de prejuicios positivistas que imposibilitarían una visión amplia y fructífera del lenguaje. Erradicada la ingenua concepción del lenguaje como instrumento transparente y diáfano de la realidad, el mismo no devendría fatalmente como distorsionador; sino, que por el contrario, se erigiría como único medio tras el cual una realidad pasada inescrutable puede volverse significativa. En este sentido es necesario inteligir un tipo de conocimiento con un estatus epistémico que, aunque no reproduzca isomórficamente la realidad pasada, nos brinde un tipo de comprensión de la misma. La historia narrativa (con sus elementos ficcionales) como técnica cognitiva, nos permitiría, mediante el acto reconfigurativo del discurso, conocer estructuras del pasado que de otro modo nos resultarían inaccesibles. Gracias a la deconstrucción de la dicotomía historia-ficción el mundo de la existencia humana se vuelve más

inteligible debido a la multiplicidad referencial introducida por el lenguaje metafórico. Éste, mediante el desplazamiento de sentido, logra abarcar un mundo infinitamente mayor de significados; y la historia lejana y perdida en tiempos pasados, logra revitalizarse bajo el modo del como-si.

Por otro lado, la dialéctica ricoeuriana entre discordancia-concordante y concordancia-discordante en el mundo de la acción y en el mundo del relato, no sólo nos permiten liberarnos, como expliqué precedentemente, del despotismo interpretativo y de la redundancia del relato, sino que también nos permite pensar un tipo de historia con fundamentos ontológicos relativistas: Gracias a un mundo de la acción que se vuelve concordante en la discordancia y, a un mundo del relato que siempre se vuelve discordante en su concordancia, es que mediante cada acto de lectura la narración es reconducida al mundo de la acción, volviéndose éste potencialmente resignificativo.

Notas

¹ Cita de Mink Louis en Carr David, "Narrativa y el mundo real. un argumento para la continuidad" en "Historia y Teoría", vol XXXI, N 2, pp 1-2 (traducción realizada por Verónica Tozzi)

² White, Hayden, "El texto histórico como artefacto literario", Barcelona, Paidós, 2003, p. 113

³ Ricoeur, Paul, "Entrecruzamiento de la historia y la ficción" en *Tiempo y Relato III*, Siglo XXI, México 1995, p903

⁴ Cfr Ricoeur, Paul, "La realidad del pasado histórico" en *Tiempo y Relato III*, pp.859-861

⁵ Cfr Ricoeur, Paul, "El entrecruzamiento de la historia y la ficción" en *Tiempo y Relato III* p.907

⁶ Cfr White, Hayden, "El texto histórico como artefacto literario", Barcelona, Paidós, 2003, p.55

⁷ Ricoeur, Paul, *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, editorial Siglo XXI, Méjico, 1995, p.154

⁸ Carr, *Narrativa y el mundo real. un argumento para la continuidad*, en *History and Theory*, Vol XXV, n°2, 1986, pp. 117- 131 Traducción Verónica Tozzi. Pág.: 5

⁹ *Ibidem*, p.142.

¹⁰ *Idem*, pp.141-142

¹¹ Una especie de presente "ensanchado" en donde son retenidas tanto el pasado (mediante la memoria) y el futuro (mediante la previsión) como presentes de las cosas pasadas, presentes de las cosas futuras y presentes de las cosas presentes. En este sentido el tiempo es una *distentio intentio*.

¹² Cfr Ricoeur, Paul, *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, editorial Siglo XXI, Méjico, 1995, p.143

¹³ *Idem*, 143

Bibliografía

Carr, "Narrativa y el mundo real. un argumento para la continuidad", en *History and Theory*, Vol XXV, n°2, 1986, pp. 117- 131 Traducción Verónica Tozzi

Danto, Arthur, "Oraciones Narrativas" en *Historia y Narración*, Paidós, Barcelona

Danto Arthur, "Tres objeciones contra la posibilidad del conocimiento histórico" en *Narration and knowledge*, Columbia University Press, 1985 (traducción de Pablo Pachilla)

White Hayden, "El valor de la narrativa en la representación de la realidad", en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós, Barcelona, 1992.

White Hayden, "El texto histórico como artefacto literario, Barcelona, Paidós, 2003

Ricoeur, Paul, "Tiempo y Narración" y "Alegatos en favor de la narración" en *Tiempo y Narración I*, siglo XXI, Méjico, 1995.

Ricoeur, Paul, "El entrecruzamiento entre historia y ficción" y "La realidad del pasado histórico" en *Tiempo y Narración III*, siglo XXI, Méjico, 1995.

Ricoeur, Paul, "Para una teoría del discurso narrativo", en *Historia y Narratividad*, Paidós, Méjico, 1995

Ricoeur, Paul. *La lectura del tiempo pasado. memoria y olvido*, España, Arrecife, 1999